

Introducción

Conocido bajo el seudónimo de George Orwell, Eric Arthur Blair fue uno de los escritores y ensayistas políticos más agudos e ingeniosos del siglo XX. Nació en Motihari, India británica, en 1903, y fue educado en el Eton College, uno de los colegios más renombrados de Inglaterra. Orwell desarrolló una conciencia crítica abiertamente antiimperialista desde temprana edad, influenciada por su experiencia en la policía imperial en Birmania y su cercanía con las clases populares británicas. Su obra se caracteriza por tener una prosa clara y directa, de compromiso ético, tanto en ensayos, como en crónicas y ficciones. Orwell no solo fue un novelista comprometido con su época, sino un pensador atento a las transformaciones ideológicas y sociales que marcaron la modernidad europea.

Rebelión en la granja, publicada en 1945, pocos meses después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, es probablemente una de sus obras más influyentes, junto con la novela distópica 1984. Se trata de una fábula política que, bajo la apariencia de un cuento protagonizado por animales, critica la falsedad de los ideales revolucionarios de la Unión Soviética. A través de personajes como Napoleón, Snowball y el caballo Boxer, el autor construye una alegoría de la revolución bolchevique, con sus luchas internas, sus estrategias propagandísticas ante los extranjeros y la inevitable consolidación del régimen autoritario. La obra, de corta extensión, pero profunda en contenido, trabaja la claridad del lenguaje con una estructura simbólica que permite múltiples niveles de interpretación.

El impacto de Rebelión en la granja fue enorme, aunque su publicación encontró resistencia en un primer momento. Varias editoriales británicas rechazaron el manuscrito por temor a perjudicar las relaciones diplomáticas con la URSS, entonces aliada de Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial. No obstante, una vez publicada, la novela fue inmediatamente reconocida como una crítica enérgica y valiente al totalitarismo soviético y, más tarde, a cualquier ideología encubierta bajo un discurso de emancipación. La claridad con la que Orwell desmantela los mecanismos del poder autoritario disfrazado de justicia social convirtió a la obra en un referente insoslayable del pensamiento político de la segunda mitad siglo XX.

A lo largo de las décadas, la novela ha sido traducida a numerosos idiomas y adaptada en distintos formatos, desde el cine hasta la animación. Su estilo, accesible al entendimiento, pero cargado de simbolismo, ha convertido a *Rebelión en la granja* en una obra leída tanto en aulas escolares como en ambientes académicos, constituyéndose en un texto clave para entender la fragilidad y maleabilidad de las utopías cuando se institucionalizan sin ningún mecanismo de control democrático. Orwell, sin recurrir al panfleto, logra mostrar cómo los discursos emancipadores pueden ser instrumentalizados por élites emergentes para perpetuar nuevas formas de opresión.

En este sentido, *Rebelión en la granja* no solo retrata un episodio histórico de la Europa del siglo XX, sino que propone una reflexión universal y atemporal sobre los mecanismos del poder, el autoritarismo y la subordinación de los pueblos. Su vigencia radica, precisamente, en hacer evidente la dinámica interna de las instituciones sociales cuando se vulneran los principios éticos que les dieron origen. Abordada desde una perspectiva sociológica, la novela permite analizar cómo las instituciones no solo estructuran la vida colectiva, sino también cómo pueden ser desviadas de sus fines iniciales, reproduciendo sistemas de desigualdad bajo el amparo de discursos de equidad.

Marco sociológico: instituciones y roles sociales en *Rebelión en la granja*

La novela *Rebelión en la granja* ofrece un terreno privilegiado para ser interpretada desde la sociología de las instituciones y los roles sociales. George Orwell no solo construye una fábula política, sino un ecosistema social donde las dinámicas de poder, obediencia y control se expresan con crudeza simbólica. Esta lectura propone abordar la novela a partir de dos marcos conceptuales: la teoría de las instituciones —desde autores como Mary Douglas, Talcott Parsons, Lynn Zucker o Douglass North— y la teoría del rol —principalmente con las formulaciones de Robert Merton y Erving Goffman—. Ambas perspectivas permiten analizar el tránsito del ideal revolucionario al sistema totalitario que se instaura en la granja.

Desde el enfoque institucional, se observa en la obra el proceso por el cual un proyecto colectivo se transforma en una estructura rígida y autoritaria. Tal como plantea Douglas (1990), las instituciones surgen para dar orden al mundo social, pero en ese mismo movimiento tienden a naturalizar sus propias reglas, volviéndolas incuestionables. Zucker (1977), por su parte, sostiene que este proceso de institucionalización implica una pérdida de conciencia crítica: las normas dejan de ser vistas como construcciones humanas y se aceptan como “lo que siempre ha sido así”. En la novela de Orwell, esta lógica se manifiesta cuando los Siete Mandamientos animales dejan de ser discutidos y pasan a ser modificados en secreto por la élite de cerdos, sin que los otros animales de la granja se atrevan a dudar de su validez.

A estas lógicas institucionales se suma el análisis de los roles sociales, entendidos como patrones de comportamiento esperados en función de una posición dentro de un grupo determinado. Merton (1957) aporta una tipología valiosa al señalar que no todos los sujetos responden de igual modo a las normas: hay conformistas, innovadores, ritualistas, retraídos y rebeldes. Aplicado a la novela, esta perspectiva permite distinguir entre personajes como el caballo Boxer, que encarna la obediencia ritualista, y el cerdo Napoleón, que representa al innovador delictivo. Goffman (1959), en cambio, propone una mirada dramática: los individuos actúan roles frente a un público, gestionando impresiones y sosteniendo una fachada. Esta idea resulta útil para interpretar la conducta de los cerdos en su interacción con los humanos, donde adoptan máscaras de racionalidad mientras ocultan la irracionalidad y el autoritarismo en la granja.

Entender cómo se mantiene en operación la granja requiere observar la relación entre las instituciones y los roles que los personajes desempeñan en la obra; no se trata solo de estructuras abstractas, sino de prácticas cotidianas, de cuerpos que se disciplinan, de voces que callan. El orden institucional se reproduce a través de sujetos que internalizan sus funciones y las ejercen sin cuestionarlas. Así, el rol del perro guardián, del cerdo administrador o del burro escéptico no son simples figuras narrativas, sino posiciones dentro de una lógica institucional que moldea las acciones posibles. El poder se vuelve eficaz no solo porque reprime, sino porque organiza los significados y distribuye los papeles en una obra cuyos guiones ya han sido escritos.

Este ensayo se desarrollará, por tanto, desde la conjunción de ambas miradas. En cada capítulo se examinará cómo se forma, se transforma o se corrompe una institución, y qué roles sociales permiten o resisten dicha transformación. La novela de Orwell no será solo una crítica al totalitarismo, sino también una radiografía de los mecanismos sociológicos que permiten que la opresión se vuelva aceptable, que el poder se naturalice y que la sumisión adopte rostros de lealtad. Con estas claves teóricas como punto de partida, se emprende la lectura de *Rebelión en la granja* como un laboratorio narrativo de las formas modernas de dominación institucional.

I. La transformación institucional en *Rebelión en la granja*

La novela de Orwell constituye un estudio literario excepcional sobre el surgimiento, consolidación y corrupción de las instituciones sociales. Leída desde la teoría sociológica de las instituciones, la obra permite observar un proceso complejo que se articula en tres grandes momentos: la ruptura de una estructura establecida (granja Manor), la fundación de un nuevo orden institucional (granja Animal) y la posterior degeneración de este orden en un sistema autoritario (nueva granja Manor). A lo largo del texto, Orwell dramatiza lo que en sociología se entiende como el paso de un proceso morfoestático a un proceso morfogenético, para finalmente regresar a una forma degenerada de institucionalización regresiva.

Paralelamente, los roles que asumen los animales también se reconfiguran conforme cambia la estructura institucional. La transición de la granja Manor a la granja Animal y, más tarde, a su forma autoritaria final, no solo transforma las normas, sino también las posiciones y funciones asignadas a cada personaje. Así, lo que comienza como una repartición solidaria de tareas termina en una estricta jerarquía de poder, donde los roles ya no expresan un ideal compartido, sino una lógica de control y subordinación.

1. Del sometimiento a la rebelión: desestabilización institucional y reconfiguración de roles

En términos sociológicos, la granja Manor representa una institución social consolidada. Su funcionamiento se basa en la autoridad incuestionable del señor Jones, quien controla los medios de producción, regula la distribución de recursos y ejerce el poder coercitivo. Esta institución, aunque opresiva, se presenta como estable y duradera, es decir, cumple con las condiciones señaladas por Cavalli (1996) sobre las instituciones: son normativas, tienen una duración mayor que los individuos, y reducen la incertidumbre de la vida social.

Cuando los animales se rebelan y expulsan a Jones, están desmantelando una institución preexistente que organizaba la vida colectiva bajo formas de jerarquía, desigualdad y dependencia. Esta acción colectiva puede ser interpretada como una ruptura del equilibrio morfoestático, es decir, el quiebre de un orden conservador que hasta entonces se mantenía mediante mecanismos de sanción, rutina y dominación. La rebelión, en este sentido, inaugura un momento de

morfogénesis, entendido como la posibilidad de transformación estructural a través de la acción colectiva consciente (Archer, 1995).

Desde una perspectiva dramaturgica, siguiendo a Goffman (1959), el señor Jones desempeña el rol de amo frente a un “público” de animales que asumen, sin opción, el papel subordinado de esclavos. Esta puesta en escena se sostiene por la rutina y por la naturalización de las posiciones sociales en el escenario de la granja. Sin embargo, con la rebelión, ese reparto de papeles se desestabiliza. Los animales interrumpen la representación, abandonan su rol asignado y rompen con el guion establecido. A la luz de la tipología de Merton (1957), esta acción colectiva puede interpretarse como una adopción del rol de “rebeldes”: sujetos que no solo rechazan los medios y fines del sistema social, sino que buscan sustituirlos por una nueva estructura. En este sentido, la revuelta no es solo una insurrección política, sino una transformación profunda de los papeles sociales que mantenían el viejo orden

2. Construcción del nuevo orden y aceptación de los roles dirigentes

Tras la caída del régimen anterior, los animales fundan la granja Animal, la cual no es simplemente un cambio de nombre, sino la creación de una nueva institucionalidad. Esta nueva forma se articula en torno a normas explícitas, como los “Siete Mandamientos del Animalismo”, y valores fundacionales como la igualdad, la cooperación y la autosuficiencia. Aquí se produce lo que Berger y Luckmann (1993) denominan institucionalización primaria: la creación de reglas compartidas que orientan el comportamiento colectivo y otorgan sentido a la nueva realidad.

Desde el enfoque de Parsons (1990), esta etapa representa el momento en el que la acción colectiva se somete voluntariamente a un sistema de valores comunes, dando lugar a un orden normativo. Los mandamientos, pintados en la pared del granero, cumplen la función de integrar las cadenas medios-fines de los sujetos en función de un ideal compartido. Uno de ellos, por ejemplo, rezaba: «Todos los animales son iguales». En este contexto, la granja Animal es un ejemplo de lo que los sociólogos llaman una institución constitutiva, que no solo regula la acción, sino que da forma a las motivaciones, expectativas y relaciones sociales.

Desde la perspectiva de Goffman (1959), el nuevo orden institucional implica también una nueva distribución de roles en el “escenario” de la granja. Los cerdos, al proclamarse como los

más inteligentes, asumen desde el inicio el papel de guías y maestros. Actúan como intérpretes del nuevo sistema y mediadores entre los ideales del animalismo y su aplicación práctica. Intentan enseñar a leer a los demás animales, elaboran doctrinas, organizan asambleas. Sin embargo, en esa representación de sabiduría y liderazgo, comienzan a construir una fachada que los distingue del resto. La desigualdad cognitiva que Orwell sugiere —con los cerdos como racionales y los otros animales como ingenuos— sirve de justificación simbólica para que, con el tiempo, los cerdos desplacen su rol de facilitadores y asuman uno nuevo: el de dirigentes legítimos.

Esta transición puede leerse, a la luz de la tipología de Merton (1957), como un momento de “Conformidad” dentro del sistema emergente. Los animales aceptan los fines del nuevo orden (igualdad, autosuficiencia, justicia) y también los medios propuestos por los cerdos para alcanzarlos. No hay, al menos en esta etapa, resistencia ni cuestionamiento: los sujetos se alinean con los valores del nuevo régimen y se ajustan a los roles asignados. Esta aceptación generalizada refuerza la legitimidad inicial de la institución, al tiempo que sienta las bases para su posterior consolidación jerárquica. Lo que en un principio parece una función pedagógica se transforma lentamente en una estructura de autoridad, legitimada no por la fuerza, sino por la adhesión voluntaria al modelo que los cerdos representan.

3. Del ideal a la impostura: poder, sumisión y desviación de roles

Con el paso del tiempo, la nueva institución comienza a experimentar una transformación silenciosa. Los cerdos, y en particular Napoleón, consolidan progresivamente su poder mediante la concentración de la toma de decisiones, el control de la información y el uso selectivo de la violencia. Este proceso puede explicarse desde la crítica sociológica a las instituciones cuando estas se autonomizan y comienzan a funcionar con lógicas instrumentales de dominación.

Desde la perspectiva cognitiva (Zucker, 1977), se puede observar cómo la institución animalista deja de ser una construcción crítica y se convierte en una rutina dada por sentada, es decir, en un sistema simbólico que los animales ya no cuestionan. Incluso cuando las normas son modificadas, como en el célebre caso del mandamiento que termina diciendo: «Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros», la mayoría de los animales acepta el cambio como si fuera parte del orden natural de las cosas. Aquí se manifiesta lo que Douglas

(1990) llama el proceso de naturalización institucional: el momento en que las convenciones pierden su carácter artificial y se vuelven incuestionables.

Al mismo tiempo, desde el paradigma utilitarista (North, 1993; Ostrom, 1991), puede decirse que los cerdos actúan como élites que rediseñan la estructura institucional en función de sus intereses particulares. Utilizan mecanismos selectivos de recompensa (privilegios) y castigo (terror) para consolidar su control, pervirtiendo así los fines originales de la revolución. La estructura de incentivos ya no promueve la cooperación, sino la sumisión.

Desde la teoría de Goffman (1959), el escenario de la granja Animal se convierte progresivamente en un teatro de apariencias donde los cerdos, especialmente Napoleón, consolidan su papel como élites gobernantes. Su actuación ya no responde al guion original del animalismo, sino al de una nueva autoridad que exige obediencia y distancia. Napoleón, como figura central, deja atrás su rol de compañero revolucionario para encarnar al nuevo amo y señor de la granja: controla la escena, restringe el acceso a la información, y se rodea de símbolos de poder (guardias, privilegios, exclusividad). En contraste, los demás animales, al aceptar este reparto de papeles, retornan a su antiguo rol de subordinación. La desigualdad se representa ahora como algo natural; los gestos del poder han sido interiorizados por quienes lo sufren.

A esta reorganización simbólica se suma la tipología de Merton (1957), que permite clasificar las respuestas de los sujetos ante el sistema institucional en crisis. Napoleón encarna al “innovador”: mantiene los fines del sistema —estatus, control, bienestar material— pero utiliza medios ilegítimos para alcanzarlos, como la mentira, el abuso y la violencia. Así, pervierte el ideal revolucionario para consolidar su propio poder. En el extremo opuesto, encontramos a Boxer, el caballo, figura emblemática del “ritualista”: sigue creyendo en los principios originales, repite sin cesar su lema —«Napoleón siempre tiene la razón»— y continúa trabajando con obediencia ciega, incluso cuando los signos de corrupción son evidentes. A pesar de ser el más fuerte físicamente, Boxer no puede ni desea asumir un rol de liderazgo. Su tragedia reside en su incapacidad de romper con un sistema que lo explota precisamente por su lealtad. Esta combinación de innovación dominante y ritualismo subordinado configura la escena final de una institución degradada que ya no se sustenta en la equidad, sino en la manipulación de roles y la obediencia sin conciencia.

4. La máscara humana del poder: restauración institucional y roles degenerados

Lo más inquietante es que, al final de la novela, la nueva institución ya no se distingue de la anterior. Los animales observan que los cerdos caminan sobre dos patas y pactan con los humanos, en una escena que simboliza la restauración total del poder jerárquico. El ciclo institucional se ha cerrado, pero lo ha hecho de forma regresiva: la granja vuelve a ser una institución opresiva, aunque ahora legitimada por nuevos símbolos (la bandera verde), lenguaje (para la élite) y rituales (los desfiles).

Este fenómeno puede ser explicado como un caso de institucionalización regresiva, donde el proceso morfogénico original es revertido mediante la consolidación de una estructura nueva que reproduce las mismas desigualdades del pasado. Según el modelo AGIL de Parsons, la función de adaptación (A), integración (I), mantenimiento del sistema de valores (L) y logro de metas (G) se reorganiza en torno a una lógica puramente instrumental. El sistema ya no responde a la equidad, sino a la eficiencia del poder.

Desde la teoría de Goffman (1959), el desenlace de *Rebelión en la granja* puede interpretarse como una mutación final del rol asumido por los cerdos: ya no se presentan como líderes animales, sino que simulan ser humanos. Caminar en dos patas, vestirse con ropa y celebrar banquetes con los antiguos opresores son actos performativos que indican no solo una traición a los principios fundacionales, sino una reconfiguración total de la identidad del actor social. En términos dramaturgicos, la casa de Jones —espacio que alguna vez representó la cúspide del poder humano— se convierte ahora en el *backstage* de la élite porcina, un lugar oculto donde se gestiona el poder lejos de la mirada del resto. Esta separación entre escenario y tras bambalinas se rompe al final, cuando los animales observan la celebración entre humanos y cerdos sin poder distinguir quién es quién. En ese instante, el artificio se revela y el rol representado por los cerdos como “nueva clase dirigente” se muestra por lo que es: la restauración del viejo régimen bajo un disfraz institucional nuevo.

Desde la tipología de Merton (1957), este momento final puede leerse como una forma extrema de “innovación desviada”: los cerdos no solo modifican los medios para alcanzar metas socialmente valoradas (estatus, bienestar, poder), sino que adoptan directamente los fines del sistema que habían prometido destruir, asimilando sus símbolos, comportamientos y valores. Por otro lado, la mayoría de los animales, resignados y perplejos, encarnan una actitud de Ritualismo

o incluso Retraimiento: se aferran a las rutinas diarias, repiten lemas vacíos y terminan desconectándose de toda expectativa de transformación. La revolución, en lugar de emancipar, los ha devuelto a un orden aún más alienante, en el que el poder ya no se ejerce mediante la promesa de justicia, sino a través de la mimetización del antiguo opresor.

II. Viejo Mayor: carisma, rebelión y revelación del poder

En las primeras páginas de *Rebelión en la granja*, aparece la figura del Viejo Mayor como el cerdo más respetado de la granja Manor. Su intervención marca el momento simbólico del inicio del proceso revolucionario. No detenta poder material, ni comanda acciones, pero posee carisma, es decir, una cualidad atribuida por los otros animales que le otorga legitimidad moral para proponer una transformación profunda del orden existente. Esta figura encarna lo que Max Weber definió como el líder carismático: alguien que, en tiempos de crisis, ofrece una visión radicalmente nueva de la realidad social.

Desde la teoría sociológica de las instituciones, el carisma es un elemento clave en los momentos preinstitucionales. Como señala el texto de Herrera Gómez y Jaime Castillo, «una innovación puede nacer mediante procesos “calientes” de creación, y no como resultado de una evolución. Esto introduce el concepto de carisma: una persona dotada de fuerza vital permite instaurar relaciones íntimas con el centro de la experiencia humana» (2006, p. 70). El discurso de Viejo Mayor, su canción, su lenguaje visionario, generan una efervescencia emocional que une a los animales en torno a una esperanza colectiva: liberarse del yugo humano y construir una comunidad igualitaria.

Este momento puede ser interpretado como lo que Alberoni (1977) denomina estado naciente, una fase intensamente emocional en la que se produce la cristalización de una nueva identidad colectiva. Viejo Mayor no impone una estructura; en cambio, inaugura un mito fundacional. Su muerte poco después del discurso inicial lo convierte en una figura casi sagrada, un mártir precursor. Esta canonización simbólica es un rasgo típico del pasaje del carisma a la institución, tal como lo analiza Weber: el líder es sustituido por su doctrina, y esta deviene en dogma.

En la novela, este proceso se manifiesta en la transformación del mensaje del Viejo Mayor en los Siete Mandamientos del Animalismo. Aquí se consuma el paso del momento carismático al normativo. Lo que en el discurso del Viejo Mayor era una visión abierta e inspiradora, se codifica en normas prescriptivas que regulan la conducta animal. Este es el comienzo de la

institucionalización formal del carisma. Pero esta formalización también implica riesgo: lo que se institucionaliza puede ser reinterpretado, manipulado o vaciado de su contenido original.

Con el ascenso de Napoleón y la consolidación de su régimen autoritario, el legado del Viejo Mayor es utilizado como recurso retórico. Los cerdos invocan su figura para legitimar decisiones que contradicen abiertamente sus principios. Como explica Douglas (1990), este tipo de procesos responden a la lógica de naturalización simbólica: cuando las instituciones se perpetúan no porque sus reglas sean aceptadas racionalmente, sino porque se han convertido en un fondo incuestionable de la vida social. Así, los animales terminan aceptando un régimen opresivo bajo la ilusión de que siguen cumpliendo la voluntad del Viejo Mayor.

Desde esta perspectiva, Orwell muestra con agudeza una constante en la historia de las instituciones revolucionarias: el carisma fundacional se convierte en dogma; el dogma, en herramienta de control. Lo que fue llamado a liberar, acaba siendo utilizado para dominar. Viejo Mayor no es responsable de esta deriva, pero su figura, vaciada de contenido, sirve como escudo ideológico para un nuevo autoritarismo. En términos sociológicos, este fenómeno ilustra cómo las instituciones pueden pervertir sus fines originales y reproducir estructuras de poder en nombre de sus propios mitos de origen.

La figura de Viejo Mayor permite, por tanto, articular el paso del impulso carismático al orden instituido, y de allí a su degeneración. Tal como resume el esquema siguiente, el ciclo se completa en tres fases:

Fase	Representación
Momento carismático.	Viejo mayor como figura inspiradora.
Institucionalización normativa.	Siete mandamientos.
Manipulación ideológica.	Uso del mito fundacional para legitimar el poder de Napoleón.

Este recorrido evidencia que las instituciones no son entidades neutrales ni estables por naturaleza: dependen de cómo se construyen, cómo se sostienen simbólicamente y qué actores las reinterpretan en su evolución. *Rebelión en la granja*, al narrar el destino del ideal encarnado por Viejo Mayor, expone con claridad literaria una de las grandes lecciones de la sociología de las instituciones: toda utopía, si no se protege de su propia instrumentalización, corre el riesgo de convertirse en su opuesto.

Desde una lectura goffmaniana, puede decirse que Viejo Mayor es el primero en identificar los roles representados dentro del escenario de la granja Manor: Jones, como amo, se ubica en el centro de la autoridad escénica, mientras que los animales, relegados a la función de esclavos, repiten gestos y rutinas sin conciencia de estar actuando dentro de un teatro impuesto. Lo inquietante es que la novela no revela cómo Viejo Mayor accede a esa conciencia crítica: no se menciona de dónde obtiene su “información de bastidores”, es decir, el conocimiento del guion oculto que rige la puesta en escena de la dominación. Como sugiere Goffman (1959), toda actuación social requiere un *backstage* que solo algunos sujetos logran ver. Viejo Mayor es uno de ellos: no participa del espectáculo del amo, pero logra comprender su estructura y exponerla ante los demás animales con palabras reveladoras.

Esta lucidez lo aproxima a la figura del “rebelde” según Merton (1957): aquel que no solo rechaza los medios institucionales y los fines establecidos, sino que propone nuevos fines y medios. Viejo Mayor no se rebela con actos, sino con discurso; su subversión es de conciencia, no de acción. Propone otra visión del mundo, un relato alternativo que cuestiona la legitimidad del orden existente. En ese sentido, es un rebelde visionario que planta la semilla de una transformación, aunque su muerte le impide participar en sus consecuencias. Su rebelión consiste en imaginar otra escena posible, otro reparto de roles, otra historia. Pero como ocurre con tantos líderes simbólicos, su mensaje será formalizado, y luego traicionado, por quienes dicen continuar su legado.

III. Del ideal al interés: dinero, roles y transformación institucional

Uno de los aspectos menos comentados, pero sociológicamente más reveladores de *Rebelión en la granja*, es la transformación del sistema económico tras la instauración del nuevo régimen animal. La decisión de los cerdos de comenzar a comercializar los productos de la granja, aceptar el uso del dinero y establecer relaciones de intercambio con los humanos representa un giro significativo que puede ser analizado desde el paradigma utilitarista de las instituciones.

Según el texto de Herrera Gómez y Jaime Castillo, este paradigma concibe a las instituciones como reglas e incentivos que reducen la incertidumbre y permiten la maximización racional de beneficios. Autores como North (1993) y Ostrom (1991) han desarrollado esta perspectiva, destacando que las instituciones no surgen necesariamente de acuerdos éticos, sino de estrategias eficaces para coordinar recursos y reducir costos de transacción. En este marco, la legitimidad de una institución no proviene de su contenido moral, sino de su utilidad funcional.

Aplicado a la novela, vemos cómo Napoleón y los cerdos reconocen rápidamente que el aislamiento económico limita el desarrollo de la granja. La decisión de vender huevos, comerciar con los humanos y, eventualmente, utilizar el dinero, responde a una lógica de eficiencia que pone en segundo plano los principios originales del animalismo. Recordemos que uno de los primeros mandamientos prohibía expresamente comerciar con los humanos, lo cual se contradice abiertamente en los capítulos posteriores.

Este viraje representa el paso de un ideal colectivo (la autosuficiencia igualitaria) a una racionalidad instrumental, en la que se jerarquizan las acciones en función del beneficio que reportan. En otras palabras, la acción institucional deja de orientarse por valores y pasa a orientarse por cálculos de eficiencia. Tal como señala el texto teórico, «los individuos responden a incentivos y buscan reducir los costos de su acción. Las instituciones proveen ese marco de regularidades» (Herrera y Jaime Castillo, 2006, p. 73).

En términos narrativos, este cambio también se traduce en la reestructuración de las jerarquías económicas: los cerdos se apropian de los beneficios del comercio, disfrutan de productos de lujo como el alcohol y los libros, mientras que los demás animales reciben cada vez menos alimento y trabajan más. Se consolida así una nueva economía extractiva, en la que los

medios de producción siguen siendo comunes, pero sus beneficios son privatizados por una élite. Esto refleja con claridad la distorsión de una institución originalmente cooperativa en una estructura de dominación económica.

Desde la perspectiva utilitarista, podría decirse que la acción de los cerdos tiene coherencia: maximizan recursos, aseguran el mantenimiento de la granja, y fortalecen su control. Sin embargo, Orwell revela los límites éticos de este paradigma: una institución puede ser eficaz y, al mismo tiempo, profundamente injusta. La eficiencia se convierte aquí en una coartada para la explotación. La transformación del sistema económico en *Rebelión en la granja* muestra cómo las instituciones pueden instrumentalizar el discurso de la racionalidad para justificar la desigualdad.

Este análisis permite comprender un fenómeno más amplio: las instituciones económicas no son neutras, y su diseño responde a intereses específicos. En la novela, el paso de la economía cooperativa a la economía mercantil responde no a una necesidad colectiva, sino a una estrategia elitista de consolidación del poder. En ese sentido, Orwell expone los peligros del utilitarismo sin ética, y señala que toda forma institucional requiere no solo reglas eficientes, sino también fines compartidos y mecanismos de control democrático.

El sistema económico en la granja animal, entonces, ilustra una degeneración institucional que no ocurre solo en el plano político o normativo, sino también en el plano económico. El mercado, el dinero y el comercio, lejos de ser herramientas neutrales, se convierten en mecanismos de jerarquización, exclusión y dominación. La crítica de Orwell es clara: cuando el valor económico se impone al valor ético, el proyecto emancipador está condenado al fracaso.

Desde una lectura goffmaniana, el ingreso del dinero en la dinámica de la granja no solo transforma el sistema económico, sino también el guion que estructura los roles sociales. Inicialmente, los cerdos asumen el rol de guías, dirigentes ilustrados que, aunque con privilegios simbólicos, se presentan como los organizadores del nuevo orden. Sin embargo, la incorporación del comercio y el dinero inicia una mutación progresiva: los cerdos abandonan el escenario de la representación igualitaria y se deslizan hacia un nuevo rol —el del amo— cuyas marcas son la opulencia, el secreto y la distancia. Goffman (1959) explicaría este fenómeno como una transformación de fachada: los cerdos adaptan su performance social al nuevo poder económico que ostentan, y, en consecuencia, modifican la escena, los rituales y los gestos con los que se vinculan al resto de los animales.

La alienación del rol se produce así no tanto por voluntad directa, sino por los efectos performativos del dinero. Este, como artefacto simbólico, reorganiza la jerarquía de los signos: quien accede al dinero accede también a la posibilidad de una nueva identidad. Los cerdos ya no representan una élite ilustrada, sino una clase dominante que actúa en un escenario exclusivo, con acceso a lujos vedados a los demás. La casa de Jones, donde antaño no podían entrar, se convierte en su *backstage*: el lugar donde pueden actuar libremente sin la vigilancia del resto. El dinero no solo compra objetos, compra escenarios donde actuar nuevos papeles.

En esta lógica, también se reconfigura la relación con los humanos. Cuando la granja Animal inicia relaciones comerciales con el mundo exterior, ocurre un fenómeno interesante: los humanos aceptan a los animales como interlocutores válidos. La violencia simbólica inicial —que negaba la posibilidad de que animales gobernarán— es reemplazada por la aceptación pragmática de su rol económico. Desde el modelo de Merton, podríamos decir que aquí se genera una forma de "conformidad recíproca": los cerdos abandonan los fines revolucionarios para integrarse al sistema de intercambio humano; los humanos, a su vez, reconocen a los cerdos no por sus ideas, sino por su utilidad económica. El dinero actúa como mediador de roles, facilitando la naturalización de relaciones que antes hubieran sido impensables.

Este desplazamiento también redefine los valores que sostienen la vida social de la granja. Si al inicio el propósito era la autosuficiencia y la igualdad, ahora el valor central es la eficiencia económica. Los roles no son asumidos por convicción, sino por posición dentro del nuevo esquema de beneficios. Los cerdos, desde esta perspectiva, ya no representan el ideal emancipador del animalismo, sino su caricatura mercantilizada. Goffman diría que han aprendido a actuar el papel del amo con tanta soltura que ya no se perciben como actores, sino como el papel mismo.

En resumen, *Rebelión en la granja* muestra cómo el ingreso del dinero no solo transforma estructuras materiales, sino también subjetividades y representaciones sociales. Los cerdos se convierten en amos no porque hayan traicionado de manera deliberada sus ideales, sino porque el guion institucional cambia, y con él, cambian los papeles asignados. Como en toda gran farsa social, el poder se disfraza de necesidad, y la obediencia se justifica con eficiencia.

IV. Violencia, sumisión y control: los perros como aparato coercitivo institucional

Uno de los puntos más perturbadores de *Rebelión en la granja* es la transformación progresiva de una comunidad revolucionaria en una sociedad sometida por el miedo. Entre los símbolos más contundentes de esta degeneración institucional se encuentran los perros entrenados por Napoleón, quienes no solo actúan como fuerza de choque, sino como representación encarnada del poder autoritario ejercido sin límites. Para entender esta dinámica, es necesario volver a una idea central del texto de Herrera Gómez y Jaime Castillo: «las instituciones imponen límites a la libertad individual. Sin embargo, los individuos están motivados a aceptar esas limitaciones si pueden suponer que serán aplicadas también a los demás» (2006, p. 73). Es decir, los sujetos aceptan restricciones si estas garantizan equidad.

En la granja Animal, sin embargo, este principio se subvierte. Las restricciones no son universales, sino selectivas: los animales comunes son vigilados, castigados y explotados, mientras que los cerdos gozan de privilegios, inmunidad y poder absoluto. La promesa de equidad —núcleo del nuevo orden institucional— queda anulada, y con ello desaparece la base de legitimidad de la institución. A pesar de ello, los animales aceptan la violencia.

Desde la perspectiva de Goffman, los perros encarnan un nuevo rol dramático: el de verdugos institucionalizados. Son los ejecutores visibles de un sistema que ha sustituido la persuasión por la amenaza. En la lógica de Merton, podría considerarse que estos personajes cumplen una función “ritualista”: obedecen sin reflexionar, ejecutan sin dudar. No cuestionan el sistema, solo lo perpetúan. Esa obediencia automática revela un tipo de socialización institucional donde el castigo se normaliza y la crítica desaparece.

1. El contrato roto: pérdida de reciprocidad y teatralidad del terror

Desde la teoría institucional, el acuerdo social que funda una institución legítima se basa en la reciprocidad: todos aceptan una norma porque se aplica por igual. Cuando esta reciprocidad se rompe, el contrato se convierte en coerción. En la novela, esto ocurre cuando los animales presencian que quienes protestan son ejecutados sumariamente por los perros. Ya no hay garantías, solo temor.

En uno de los momentos más intensos, Orwell describe cómo varios animales “confiesan” crímenes absurdos, solo para ser inmediatamente asesinados por los perros de Napoleón:

«Los perros los destrozaron en el acto, y la asamblea quedó en un silencio espeso de horror. Nadie se atrevía a levantar la voz. Algunos animales empezaron a temblar».

Este momento es clave porque los animales no solo sufren la violencia, sino que la interiorizan. Aceptan el castigo no como un acto justo, sino como una consecuencia inevitable, lo cual muestra que el control no es solo físico, sino simbólico. El miedo reemplaza al consenso; la sumisión reemplaza a la convicción.

Desde la perspectiva de Erving Goffman, la entrada en escena de los perros representa un punto de quiebre en la dramaturgia institucional de la granja. Su aparición altera por completo la distribución de roles: Napoleón, que hasta entonces cumplía el papel de líder organizador, asume el rol de amo absoluto, dotado de un aparato represivo que le permite ejercer control sin resistencia. Los animales, por su parte, dejan de ser seguidores comprometidos con un proyecto colectivo y se convierten en esclavos sometidos a un guion que ya no controlan ni entienden.

Este nuevo orden escénico impone una dinámica perversa: el miedo no solo actúa como mecanismo de vigilancia externa, sino que se interioriza como parte del libreto cotidiano. La escena en la que los animales “confiesan” crímenes inexistentes marca un momento crucial: el miedo ha sido plenamente naturalizado. Los actores no solo aceptan su lugar subordinado, sino que lo representan activamente, incluso cuando esto implica su propia aniquilación. La institución ya no necesita justificar la violencia; esta se convierte en parte del acto colectivo.

Goffman nos permite ver que la autoridad de Napoleón no reside únicamente en la fuerza que detenta, sino en la credibilidad que los otros le otorgan dentro de la puesta en escena. Le han conferido tanto poder simbólico que, incluso frente al absurdo, ningún animal se atreve a romper el guion.

Desde el enfoque de Merton, esta dinámica puede leerse como una generalización del tipo de adaptación “ritualista”. Los animales, incapaces de cuestionar el nuevo orden, conservan una obediencia formal a las normas, incluso cuando estas han perdido todo contenido ético. Siguen cumpliendo sus tareas, repitiendo rutinas y acatando instrucciones, pero han renunciado por

completo a los fines originales de la revolución animalista. El Ritualismo, en este caso, no es devoción, sino resignación.

2. Los perros: institucionalización y rol de la violencia

Desde un enfoque sociológico, los perros representan la institucionalización de la coerción física. Ya no se trata de un aparato estatal formal, sino de un grupo armado leal al líder, que garantiza su poder mediante la amenaza y el castigo. En los términos del texto base, se trata de una degeneración del principio organizador: en lugar de normas, hay órdenes; en lugar de diálogo, hay castigo.

Esta situación remite a lo que Douglas (1990) llama sistemas de legitimidad negativa, es decir, sistemas que ya no se sustentan en una aceptación activa de sus reglas, sino en la imposibilidad de desafiarlas sin pagar un precio excesivo. El miedo sustituye al sentido de pertenencia. Los perros, como brazo armado del poder, imponen este miedo con brutal eficacia.

Desde la teoría del rol de Goffman, los perros asumen el papel de verdugos en el escenario social de la granja. Entrenados por Napoleón desde su infancia, han sido configurados no para reflexionar ni deliberar, sino para ejecutar. Su aparición constante en los momentos de castigo sugiere que su presencia no solo intimida, sino que reafirma la autoridad absoluta del amo. No interpretan un papel autónomo, sino que encarnan un rol funcional al guion del poder, convirtiéndose en extensiones de la voluntad de Napoleón.

En esta lógica, la teoría de Merton permite categorizarlos como “ritualistas extremos”. Los perros no cuestionan los mandatos, ni los fines, ni los métodos. Actúan según un código que ha perdido toda legitimidad ética, pero que ellos ejecutan con absoluta fidelidad. Su Ritualismo no es burocrático, sino violento: cumplen con la función asignada, sin importar las consecuencias morales. Este tipo de obediencia ciega contribuye a consolidar un sistema en el que la violencia deja de ser una excepción y se convierte en el mecanismo habitual de control institucional.

Conclusión general

Rebelión en la granja no es solo una alegoría política ni una sátira del totalitarismo; es también, y de manera profunda, una representación literaria de los procesos mediante los cuales las instituciones emergen, se consolidan, se corrompen y terminan perpetuando las mismas lógicas de poder que intentaron reemplazar. A través de la mirada sociológica, el relato de Orwell se revela como un laboratorio narrativo donde es posible observar cómo se configuran las estructuras sociales, cómo operan los roles y cómo las categorías de acción —conformidad, ritualismo, rebelión e innovación— definen el comportamiento colectivo.

Desde la teoría de las instituciones, hemos examinado la transición de la granja Manor a la granja Animal y finalmente a su degradación como nueva granja Manor. Cada etapa ha sido analizada en clave morfoestática y morfogenética, identificando momentos de ruptura, creación normativa y degeneración autoritaria. La obra ilustra con nitidez cómo una institución puede surgir del deseo de justicia, pero transformarse, mediante su autonomía simbólica, en una máquina de exclusión, vigilancia y castigo.

La incorporación del análisis de los roles sociales, a partir de las teorías de Erving Goffman y Robert Merton, permite comprender cómo los individuos, en este caso los animales, desempeñan papeles socialmente definidos que son funcionales —o disfuncionales— al sistema. Goffman ofrece las herramientas para leer la novela como una gran puesta en escena, donde los personajes cambian de rol conforme las reglas del juego institucional se transforman. Napoleón pasa de líder revolucionario a amo autoritario; los perros de cachorros leales a verdugos silenciosos; los demás animales, de ciudadanos esperanzados a esclavos resignados. Merton, por su parte, nos permite clasificar estas acciones desde su tipología de adaptaciones individuales a la estructura: el rebelde Viejo Mayor, el innovador Napoleón, el ritualista Boxer.

El ensayo ha demostrado que *Rebelión en la granja* puede ser leída como una fábula institucional, donde el poder no solo se ejerce, sino que se naturaliza; donde la dominación no necesita perpetuarse por la fuerza constante, sino por la interiorización de los roles, las reglas y las creencias que sustentan un orden dado. Orwell nos advierte que toda revolución corre el riesgo de

vaciarse de su sentido original si no se diseñan mecanismos que impidan la instrumentalización del carisma, la degeneración de los ideales y la reproducción de las jerarquías que buscaba derribar.

En suma, la novela es una lección sociológica en clave literaria: las instituciones no son neutras; son construcciones humanas cargadas de significado, de conflicto y de memoria. Comprender su dinámica —y sus efectos sobre los sujetos que las habitan— es una tarea crítica para todo proyecto emancipador que aspire a no repetir la historia de los cerdos que un día caminaron en dos patas.